

EMILIO LLEDÓ

FILÓSOFO

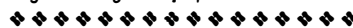
"La cultura no son las cosas que están en los sitios, sino la vida que tú sabes insuflar a esas cosas"



► Usted es uno de los pocos intelectuales que se ha pronunciado con entusiasmo y rigor a favor de las bibliotecas. Sin embargo no es común, entre intelectuales y hombres de ciencia, tener una idea más o menos precisa de lo que significa una buena red de bibliotecas para el país. ¿A qué cree usted que se debe este silencio de los intelectuales con respecto a las bibliotecas?

Me parece muy interesante esta pregunta porque tiene que ver con mis propios intereses. Yo también me he planteado este problema. Muchas veces he hablado con compañeros, con colegas, y había entre nosotros un cierto desconocimiento. Esto no es ninguna valoración de la calidad de muchos de esos compañeros; es que no parecía preocuparles. Nos hemos formado en un mundo donde los libros no han sido fundamentales; hemos estudiado con apuntes, con manuales, sin saber que la formación universitaria, intelectual, la enseñanza, se fundamenta en la biblioteca, en el libro, y no en esa cosa pragmática, pequeña, raquítica, de los apuntes para aprobar un examen. Y por desgracia -no quiero ser injusto con colegas-, si no tenemos esa sensibilidad es porque la universidad y la enseñanza en nuestro país es una máquina de producir exámenes, nos hemos habituado -como si fuera una segunda naturaleza- a no contar con los libros más que como instrumentos para "aprender" y no para pensar con ellos. Confieso que yo mismo he tenido esa misma experiencia negativa, me he alimentado de esa misma negatividad. A mí muy poca gente en la universidad española me esti-

● ● ● Emilio Lledó Iñigo nace en Sevilla. Tras estudiar el bachillerato y los estudios universitarios en Madrid, marcha a Heidelberg (1952-1955) donde realiza sus estudios tras conseguir una beca de la universidad y, posteriormente, una beca Humboldt. En 1962 regresa a España como catedrático de instituto en Valladolid. También ha ejercido como catedrático de Historia de la Filosofía en las Universidades de La Laguna, Barcelona y UNED de Madrid. En 1988 fue nombrado *fellow* del Wissenschaftskolleg (Institute for Advanced Study) de Berlín y en 1990 le fue concedido el premio Alexander von Humboldt de la República Federal de Alemania, que le adscribía a la Universidad Libre de Berlín. De su larga obra bibliográfica podemos destacar los siguientes títulos: *Filosofía y lenguaje* (1970), *La filosofía hoy* (1975), *La memoria del logos* (1984), *El epicureísmo. una filosofía del cuerpo, del gozo y de la amistad* (1984), *El silencio de la escritura* (1991) y *El surco del tiempo* (1992). Recientemente ha sido publicado *Días y libros* (1994), una buena introducción a su obra, y está a punto de aparecer *La memoria de la ética*. Ha traducido a Platón y publicado trabajos sobre Aristóteles, Descartes y Kant. Ha sido elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, donde en próximas fechas leerá su discurso de ingreso. Pero, sobre todo, es, tal como se ve en las siguientes páginas, un apasionado defensor de las bibliotecas. Por ello, EDUCACION Y BIBLIOTECA agradece públicamente su sincera amabilidad y disposición para la realización de esta entrevista. Nos es difícil imaginar un regalo mejor para la celebración del número 50 de esta revista.



Muchas veces hemos dicho que aquí no se había hecho una verdadera reforma agraria. Yo creo que la verdadera parcela que hay que reformar es esa parcela chiquitita llamada cerebro. Es la más fecunda.

muló a leer, a ir a la biblioteca. Cuando llegué a Heidelberg, en el año 52, al acabar el servicio militar, me sorprendía ver que el centro de toda la vida universitaria, en esa pequeña ciudad de 150.000 habitantes, era la biblioteca (que en 1993 contaba con casi tres millones de volúmenes). Los profesores no daban, y no empleo la palabra impartir, porque en este ámbito me parece un verbo siniestro, la *asignatura*. Era una enseñanza totalmente libre. Desde 1810, cuando se funda la Universidad de Berlín por obra de Guillermo de Humboldt, que va a ser el modelo sobre el que se creará la universidad alemana, todavía vigente, el profesor no explicaba asignaturas, que es la muerte del saber y del conocimiento, sino que cada año daba cursos sobre aspectos que le interesaban, sobre lo que estaba trabajando. No me acuerdo de los primeros cursos a los que asistí, pero probablemente aquel año se hablaría de Hegel, al año siguiente de Nietzsche, y al otro de Parménides o Platón. Yo, como deformado por la costumbre, iba preguntándome: ¿la asignatura, dónde está la asignatura? La prueba de que ese sistema es fecundo, está en la ciencia alemana que, sin papanatismo de ninguna clase, es importante tanto en filología, como en física, etcétera. La vida universitaria alemana sigue teniendo una pujanza y una vida extraordinaria. Esa enseñanza de ese profesor nunca iba a ser controlada por un examen de *sus cosas*, de *sus apuntes*, sino que iba a ser controlada cuando tú quisieras. Buena parte de la universidad alemana sigue siendo así. La característica de la enseñanza alemana desde 1810 hasta 1994 es la libertad. Por eso siempre me ha hecho gracia cuando he oído esa crítica tonta de Alemania, al denominarles cabezas cuadradas. Yo creo que los verdaderamente cabezas cuadradas somos nosotros, cuadrículados en asignaturas, en exámenes en febrero, en junio, en septiembre. Yo nunca he visto más libertad y más espontaneidad que en esos seminarios a los que acudí y que en esas clases verdaderamente magistrales. Al lado de esos cursos donde hablaba el profesor estaban los seminarios. Y en éstos, una cosa que me llamaba mucho la atención, como un pobre paleta intelectual, era lo que llamaban el "aparato": los libros, revistas, artículos, etcétera, interesantes para ese seminario que el profesor daba. En la biblioteca del departamento o en la biblioteca de la universidad, había un gran estante donde estaban los libros que el profesor recomendaba que se manejaran.

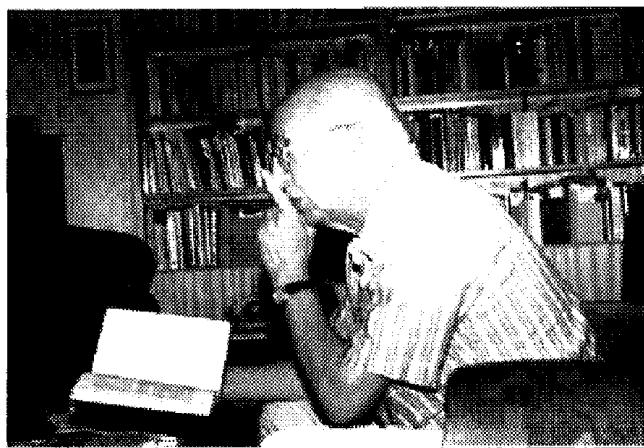
Muchos de los colegas con los que he hablado de

estas cosas no tienen ni idea. Y muchos de los que han salido a otros países ni se han dado cuenta. Y te dicen esa estupidez de que en todas partes cuecen habas. El otro día, en una conversación con temas similares, me di cuenta de que con aquella persona con la que estaba hablando no podía tener posibilidad de diálogo porque me decía que la universidad alemana también tiene problemas. Pues claro que sí, y allí hay profesores tan malos como los de aquí, seguro que sí, pero la cuestión es otra. La cuestión es que impera el dominio de la libertad, el alumno escoge a sus profesores, y los sigue, pues el profesor no está con el mismo tema, no se repite.

► En este aspecto hay un elemento muy diferenciador que es el de la evaluación.

El examen tiene otro carácter absolutamente distinto. Eres libre de examinarte cuando quieras. No se da este siniestro teatro, que me parece absolutamente surrealista, de las evaluaciones, de la selectividad. He visto lo que mi hijo, el pequeño, sufrió cuando tuvo que hacer la selectividad. Me acuerdo que paseábamos por el Retiro y yo le explicaba los temas de filosofía y, por supuesto, no sólo de esta "asignatura", que tenía que dar en la selectividad. Temas absolutamente demenciales, y aquí demencial no es un epíteto sino una definición. Le tuve que explicar la dialéctica de Hegel y Marx. Yo que, más o menos, sé de lo que va, pues soy del gremio, sería incapaz de escribir en una hora y media sobre ello. Entonces me di cuenta que, dada esa organización siniestra de la enseñanza, no me quedaba más remedio que hacerle unos apuntes. Y este es el caldo de cultivo del no libro, el caldo de cultivo de la no biblioteca. Por eso cuando digo que la Complutense no tiene biblioteca, y lo repito hoy otra vez, salta la directora de la biblioteca diciendo que eso es una aseveración grave. Yo estaba en Berlín y estuve por no contestarle. No lo había dicho por provocar ninguna estéril polémica, sino porque a mí me interesaba el problema. Ella me decía que las comparaciones son odiosas. Recuerdo que le contesté que comparar quiere decir conocer, contrastar, dudar, y eso es principio de sabiduría. Hay comparaciones que no tienen nada que ver con el odio sino con el amor. Además, si fuera una comparación con una cosa utópica, pero es que existen esas bibliotecas, más aún, en todas las universidades alemanas lo que constituye el centro es la biblioteca general.

“ Hemos estudiado con apuntes, con manuales, sin saber que la formación intelectual se fundamenta en la biblioteca, en el libro. ”



A mí me duele que, cuando hablamos de estas cuestiones, en un país donde no producimos nada de tecnología, los nuevos tecnólogos o tecnologoides me digan: "Esa es una cosa absurda, ya no hacen falta bibliotecas, sino que con ordenadores..." ¿Pero los libros tendrán que estar en algún sitio? O sea, que un país que no ha tenido nunca bibliotecas, está ahora *au dessus de la mêlée*, ya estamos sólo con ordenadores... en fin, en la realidad virtual. Pero eso, ¿qué es? Lo que sucede es que hay mucho profesor virtual, y muchas veces estamos también en manos de políticos virtuales.

► Daría la sensación de que cierto pensamiento mágico sigue funcionando en nuestra sociedad, que por poder tener acceso a un centro de documentación que está en Massachusetts ya estamos satisfechos, que por poder acceder a esa información ya tenemos la capacidad de analizarla, trabajar con ella, interpretarla...

Claro, y además la información es un organismo. Qué me importa que haya cuatrocientas revistas en Massachusetts si, aunque me lleguen fotocopiadas, el ámbito intelectual no me acoge, no me las hace útiles. Si todavía el estudiante sigue martirizado con exámenes, para los que no le van a servir esas revistas. Porque la educación, el sistema educativo, el sistema de lectura, es un organismo; y si no nace desde debajo todo es inútil. Aunque te pueda llegar esa revista, tú no eres receptor. No recibes nada, no te llega nada. Me llamaron mucho la atención las dificultades que hubo, por ejemplo, con el Museo Thyssen. No es nuestra misión comprar lo mejor que hay en el mundo, sino fomentar que la gente sepa ver, y por lo tanto, no nos interesaría tener las mayores bibliotecas del mundo, ni siquiera los mejores museos, aunque eso siempre sería bueno, porque el bien siempre se contagia... pero si al mismo tiempo no creamos esas necesidades, no nos aprovechan los museos, ni las bibliotecas. A mí el maestro que más me impresionó en España fue un joven profesor de la Institución Libre de Enseñanza que tuve de niño. Nos hacía leer todos los días un capítulo de *El Quijote*. Y nos decía: "A ver, sugerencias de la lectura". Te ponías a pensar en *El Quijote*, y querías aquel libro, veías que era un libro que te hacía pensar, que te hacía compañía. Y este es otro tema fundamental de la lectura. La cultura no es te-

ner "Quijotes" o "Goyas" es *necesitar* leerlos o verlos, y crear las condiciones "educativas" para que eso sea posible.

► Aquí, sin embargo, da la impresión de que el profesor no quiere sentirse sorprendido por el alumno. Mientras que, por lo que usted cuenta, en Alemania parece que se espera algo más del alumno, que el profesor aprende al mismo tiempo que enseña.

Sin duda. Aquí se ha hablado mucho de lecciones magistrales. Ojalá hubiera tenido yo en mi etapa de estudiante universitario lecciones magistrales. Excepcionalmente el grupo de filología griega, de primerísima fila, muy poca gente me estimuló. Las clases de los profesores alemanes a las que yo asistía, en cambio, eran clases abiertas, donde yo tomaba notas porque me sugerían cosas, pero no porque yo tuviera que darle cuenta a ese profesor de un esquemita, más o menos claro, que él nos hubiera hecho en la pizarra, para que luego se lo devuelva en junio o septiembre. En los seminarios, que eran de 30 ó 40 personas, y en los que había que luchar para poder entrar, ahí te examinaban. En el seminario el profesor se sentaba en la mesa, era uno más. Llegaba con una montaña de libros, los dejaba encima de la mesa. Era como si ese acto que se está celebrando allí, ese acto casi litúrgico de comunicación del saber, estuviera sustentado en ese horizonte lejano de libros y libros, que están almacenados en la biblioteca a tu alcance. Un día, si has tenido una idea brillante, creativa, es un día especial en el ritual del seminario, pues el profesor te decía: "¿Cómo se llama usted?". Esta era una pregunta clave. Tú te habías preparado bien, querías ganarte al profesor, te lo querías ligar en el sentido más profundo de la palabra. Era muy personal y creativo, y no porque hubieras dicho de memoria cuatro imbecilidades, sino porque habías tenido una idea. Y con eso se crea la ciencia.

► Usted ha escrito (en el prólogo de *El silencio de la escritura*) a propósito de las declaraciones de un personaje público: "esa obsesión por borrar el pasado colectivo y quién sabe si individual, aparte de interpretaciones psicoanalíticas, podría ser la clave para justificar cualquier vileza del presente con la impunidad de saber que nunca será recordado". El desinterés crónico por las bibliotecas en nuestro país ¿podría derivarse de una impunidad semejante?

Hay una falta de sensibilidad. Es no darse cuenta de que la biblioteca no es sólo la voz de la historia,

A mí el maestro que más me impresionó en España fue un joven profesor de la Institución Libre de Enseñanza que tuve de niño. Nos hacía leer todos los días un capítulo de El Quijote. Y nos decía: "A ver, sugerencias de la lectura."

por decirlo de una manera levemente retórica, sino que es la posibilidad de tener un espacio público, un campo público, un territorio donde puedan coincidir diversas individualidades a ejercitar ese público acto de lectura. La lectura es una cosa individual, la lectura nos ha enseñado a estar con nosotros mismos y con el libro, pero es muy hermoso que haya también un espacio público donde esas individualidades privadamente se colectivicen y sientan que pertenecen a un ámbito también común, no sólo en el estadio de fútbol o en la plaza de toros. A mí me escandaliza las cien mil pesetas que da el gobierno español para comprar coches. ¿Es que sólo la industria española, la vida española, la economía española depende de que seamos más consumidores de coches? ¿Por qué no nos regalan cien mil pesetas para comprarnos libros? Algunos dirán que es una cosa distinta. No, es una falta de sensibilidad. ¿Por qué dar dinero para seguir empercochando las ciudades? Y no vale el demagógico lugar común de los puestos de trabajo. Se pueden crear puestos de trabajo fabricando trenes, o construyendo colegios. No hay por qué claudicar totalmente a determinadas presiones de una discutible maquinaria capitalista. Yo creo que se podría establecer una extraña ley sacada de la observación de ciudades de países tercermundistas, por decirlo también de una manera un poco triste: "A mayor atasco automovilístico en las ciudades, mayor pobreza vital, mayor pobreza cultural". Grandes metrópolis que no producen coches o fabrican marcas extranjeras, que son sólo consumidores, donde la vida en la ciudad es absolutamente monstruosa debido a los coches. Sin embargo, en Berlín, tengo que repetirlo, sigue por ahora sin ser problema el tráfico. En Berlín, una ciudad muchísimo más extensa que Madrid. No sólo porque los transportes públicos son muy buenos, sino porque hay un carril bicicleta y la gente lo usa. La universidad está rodeada de bicicletas. Hay un mínimo porcentaje de coches en el entorno universitario. Aquí la Complutense se convertirá en un gran aparcamiento, un gran aparcadero, un gran basurero.

No hemos tenido bibliotecas y ahora parece que no tenemos ni la necesidad de tenerlas. Pues yo creo que sí. Y yo creo que ése es el problema fundamental del país, no sólo el problema del paro, que es muy doloroso. El problema de este país es un problema de la cabeza, del alimento intelectual, del sistema escolar. Este país cambiaría, sería el país que se merece, pues no le falta inteligencia, ni laboriosidad, en el

momento que tuviera el sistema educativo que le corresponde; donde la biblioteca y el sistema bibliotecario y los libros sean el alimento. Esta es mi opinión, y es una opinión que me la he pensado y vivido mucho. Por suerte, he tenido relación durante catorce años con un mundo donde la biblioteca, la universidad y los libros era fundamental. Ahora que se dice que el libro está como de capa caída, no hace falta más que acudir a las librerías alemanas, ver la potencia de la edición, cómo la gente lee en el metro y en el autobús, observar que el libro sigue siendo un elemento fundamental. Y yo creo que superará esta crisis de los defensores de las imágenes sobre las palabras, puesto que la palabra vale más que mil imágenes, por muy impresionantes que puedan ser algunas imágenes. Si tú no tienes un eco, un cobijo, un centro de persona, si no tienes palabras que acojan esas imágenes y las interpreten, esas imágenes son como la muerte, o como la nada.

► La evidente relación entre bibliotecas y lectura no parece suscitar el debido interés en el Ministerio de Educación. ¿A qué cree usted que se debe esa falta de recepción, ese recelo a la hora de imitar otros modelos más desarrollados en el ámbito de las bibliotecas?

Es, como decíamos antes, ignorancia. Pero tengo que decir algo que me ha impresionado estos días pasados. Me llevaron a la biblioteca que se abrió hace tres o cuatro años en Valladolid. Me quedé alucinado. Una biblioteca muy viva, muy bien montada, modernizada en su interior. Estaba llenísima. Era tan grato estar allí, que el señor que se lleve un libro, o rompa una revista, o haga una estupidez, es una excepción, porque todo ese ambiente te ennoblece, te dignifica, y entonces te sientes doblemente indigno si cometes una tontería de esas. Como viejo bibliófilo y bibliotecólogo ha sido una de las experiencias más bonitas de estos últimos meses. En Valladolid ha habido un ángel bueno para "hacer las almas navegables".

► Lo que también sucede, y esto se puede observar en muchas de las bibliotecas españolas, es que se crean o rehabilitan espacios, pero no va seguido de una política de contratación de personal, lo que impide que muchos servicios puedan funcionar.

Es un problema fácilmente subsanable cuando, en los presupuestos generales del estado, nuestros políticos se den cuenta de que eso es algo prioritario en la vida intelectual del país. El futuro, y me molesta hablar de futuribles, el desarrollo de los países, no es



*No hemos tenido bibliotecas
y ahora parece que no tenemos
ni la necesidad de tenerlas.
Pues yo creo que sí. Y yo creo que
ése es el problema
fundamental del país.*

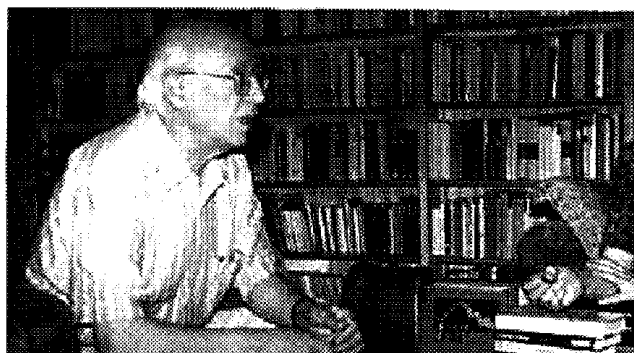


tanto el petróleo que haya en su subsuelo ni las fábricas que podamos tener, dado que las fábricas se crean con ideas y el petróleo se descubre también con ideas. Es la creatividad, la originalidad, y todo eso se consigue por medio de los libros e indirectamente, claro está, por las bibliotecas y el sistema de enseñanza. No debemos de aportar sólo bienes materiales de consumo, sino bienes creativos, consumo de ideas. Eso se ha olvidado, y por eso se desprecian tanto las cuestiones educativas. El otro día leía una carta de Guillermo de Humboldt, el creador de la Universidad de Berlín; describía un viaje por España a un amigo suyo, donde le cuenta que las carreteras no están mal, que la gente es inteligentísima, eso sí, que las posadas están un poco deterioradas y que hay algunos intelectuales interesantes, cosa enormemente sorprendente, porque no ha visto, dice Humboldt, nada más lamentable que el sistema educativo español. Esto a finales del siglo XVIII. Se asombra de cómo gente tan inteligente puede superar semejante adversidad. Y eso, sin hacer una crítica fácil, salvadas todas las excepciones que queramos, sigue siendo un problema por resolver en nuestro país. Si queremos pertenecer a la Unión Europea tenemos que pertenecer a la Comunidad Europea de la Cultura, y para ello hay que hacer un planteamiento radical, no con estas pseudotecnologías o estas pseudopedagogías que hoy nos inundan, que no tienen nada que ver con el desarrollo intelectual, pues son pequeñas especulaciones absolutamente acartonadas, chirriantes, metálicas, como de robots, castrantes como la ignorancia misma. Lo que hay que replantearse en serio es un sistema público de escuela; hay que replantearse a fondo, aunque esto es un poco utópico, la reforma de la universidad, basándose en ese sistema de libertad, en ese sistema de elección que tiene que tener el alumno, en ese sistema de poder abandonar al profesor incompetente y, al mismo tiempo, llevarle a la convicción de que es en los libros, en las bibliotecas, donde está el poso del saber, el poso del que tiene que alimentarse el presente. Recuerdo a este respecto el famoso mito de Theuth y Thamus del Fedro. Theuth dice cómo ese invento de las letras, de la escritura, hará libres a los hombres y más memoriosos y más sabios. Por lo tanto tienes la obligación, le dice al rey de Egipto, de dárselo a los demás. El saber es de por sí difusivo y tiene que expandirse. El libro tiene que existir, pero

al mismo tiempo debe existir el espacio público donde el libro sea también el elemento fundamental de existencia y de fomento de la mente. Además, es bueno que podamos tener un espacio público donde esté la gran conversación de los siglos. Es que no nos damos cuenta de lo que significa la lectura, lo aburridos que somos con nosotros mismos. El que yo pueda, en mi soledad, en mi aburrimiento -aunque la verdad no me suelo aburrir mucho-, leer a Kant, a Platón, a Pérez Galdós, a Ortega, y ponerme a hablar con ellos, porque cuando leemos, hablamos con nosotros mismos y con la escritura. La gran aportación es que podamos hablar, emitir una voz semántica y que, de pronto, esa voz semántica se pueda posar en los *grámmata*, que diría el Fedro, la escritura, y que yo pueda poner mis ojos, como ese disco compacto, donde mis ojos son la luz, el rayo láser, y en ese compacto, que no es nada, un objeto con unas letras que yo miro, se abre todo un mundo. Que al mismo tiempo eso no sea mi biblioteca particular, sino que sea, repito, el espacio público, donde ese abrirse todo el mundo pueda ser posible, y que tú entres en ese espacio y te des cuenta que está renaciendo ahí algo de la historia. Entrar en ese espacio y darte cuenta de que hay un país, una nación, un gobierno, que ha cuidado, que ha mimado ese espacio público para que tú encuentres tu propia memoria, la memoria de tu lengua y la memoria de otras lenguas. Eso dignifica. Es la misma dignificación que os contaba cuando descubrí la biblioteca de Valladolid, de encontrar junto al Pisuerga aquella casa tan cuidada, tan viva y tan creadora de vida. Que no nos digan que no hay dinero para eso. El sistema educativo hace que tú fluyas ahí, de una manera natural, porque la cultura no son las cosas que están en los sitios, sino la vida que tú sabes insuflar en esas cosas, y la vida de la gente, y los ojos que miran y los ojos que leen, y el estímulo que tú crees para que esos muchachos, esos señores o esos ancianos, vayan a la biblioteca a leer y a seguir entreteniéndose con el verdadero discurso que rompe la monotonía del discurso interior con el que tantas veces nos asfixiamos.

■ Según el INE, en 1991 había en nuestro país 1.100.000 analfabetos, 7.115.000 ciudadanos sin estudios y 9.503.000 personas con estudios de primer grado. Una apuesta decidida por las bibliotecas públicas ¿podría significar una apuesta por una política compensatoria que redujera las desigualdades vinculadas a las herencias culturales?

Un buen termómetro para conocer la medida del desarrollo de un país es el nivel de sus bibliotecas modestas, inmediatas.



Muchas veces hemos dicho que aquí no se había hecho una verdadera reforma agraria. Yo creo que la verdadera parcela que hay que reformar es esa parcela chiquitita llamada cerebro. Esa es la parcela más fecunda. Los que nos dedicamos a la enseñanza, a los libros, a las bibliotecas, somos una mínima parte del sistema educativo de los países, no sólo del nuestro. Los que tienen la antorcha de la educación, una antorcha a veces chisporroteante y nauseabunda, son los medios de comunicación, y entre ellos la televisión. En fin, no quiero extenderme en este sentido, pues el otro día ya se metieron conmigo en una tertulia radiofónica diciendo que estaba en las nubes, que vivía de espaldas a la realidad... Todo eso porque salió en la prensa que yo no tenía televisión. La verdad es que no la tengo. Se me rompió hace cinco o seis años y no la he arreglado. Pero estoy informado, leo cinco o seis periódicos, leo unos cuantos idiomas, voy al cine, estoy en el mundo. Decían que era un elitista, palabra que me sentó bastante mal porque era muy injusta.

En el momento que haya esa red de bibliotecas, se podrá compensar un poco esa otra monstruosidad de información, esa pasividad de ver sin ser nada, sin tener un lenguaje que te pueda defender, lo cual es terrible. A mí me encanta el cine, donde hay imágenes maravillosas, porque las "interpretamos", porque dejamos que "nos hablen"; si no, las imágenes están vacías. Más que nunca, ahora que hay esa preeminencia excesiva, en mi opinión, de imágenes, tenemos que fomentar, y la biblioteca sería un elemento fundamental, el espacio de lo abstracto, el espacio que ha hecho del hombre lo que el hombre es. La verdadera aportación por la que el ser humano pasa de ser ese mamífero a ser Velázquez y Goya, o el hombre sencillo y normal, pero magnífico, el labrador que nunca ha podido hacer más que sembrar, pero que siembra como nadie, y sueña como nadie y piensa como nadie; lo que nos ha hecho eso, es el aire semántico, que decía Aristóteles, que sale de nuestra boca y que crea lo humano. Eso es lo que ha hecho al hombre; ni tecnología ni siquiera la ciencia por muy maravillosa que sea. La tecnología la han hecho los lenguajes, el logos. El hombre da ese giro radical y revolucionario hasta hoy, incluyendo todos los inventos, por el lenguaje, por el pensamiento abstracto.

► En cierta ocasión nos comentó algo que nosotros recibimos como un piropeo. "En el fondo -dijo-, lo que yo soy es un bibliotecario frustrado". Para usted, en una sociedad como la española, ¿cuál es la función del bibliotecario?

Creo que es una función absolutamente esencial, porque es el dique que va a organizar y encauzar toda esa voz de la historia, la va a administrar, a distribuir, a catalogar, valga la expresión técnica pero en un sentido más amplio, la va a hacer amar. Marcel Bataillon, en este libro que tengo sobre la mesa (*Erasmus y España*), cita a personas, en su mayor parte desconocidas, a quienes da las gracias profundamente por su misión, como decía Ortega, de bibliotecarios. Cita unos veinte nombres propios de bibliotecarios repartidos por toda la geografía del país, a los que él debe, en el fondo, "el fundamento esencial de mi libro". La dignidad que eso implica, la transcendencia que implica para la difusión de la cultura, el ser funcionario, en el sentido más profundo de la palabra y más intenso, de esa transmisión de la cultura, a mí me parece una de las labores por la que un hombre puede sentirse más orgulloso y más realizado. Por desgracia, los poderes públicos se olvidan de eso, y los bibliotecarios son víctimas de ese olvido. El saber de esas bibliotecas perdidas de los pueblos españoles... a mí me emociona. Lo primero que hago cuando voy a una pequeña ciudad es preguntar dónde está la biblioteca pública, y si puedo hablo con el bibliotecario o la bibliotecaria, e intento transmitirles todo lo que hemos estado hablando en esta entrevista, no porque yo esté por encima o por debajo, sino porque me siento compañero de él, porque tengo las mismas ilusiones que él. La educación no tendría casi sentido si no hubiera ese eco enorme de acompañamiento de todo un sistema de bibliotecas. Un buen termómetro para conocer la medida del desarrollo de un país es el nivel de sus bibliotecas, de las bibliotecas modestas, inmediatas. La biblioteca es un reto que debemos afrontar: dar importancia a la lectura, dar importancia al pensamiento abstracto, que es, repito, lo que verdaderamente ha hecho al hombre. Pasar al cultivo del lenguaje, de la lengua en la que hemos nacido y convertir nuestra lengua materna en lengua matriz, en lengua creadora, estimuladora. Y que eso entre en la vida de la enseñanza y se comunique ese diálogo con el libro y que, al mismo tiempo, se cree el espacio para que esos libros sean fáciles de tener, de consultar, y que en esa familiaridad se aficione uno a ellos.

■ RAMON SALABERRIA y FRANCISCO SOLANO.